

Utopía: una fonética con sabor a mujer

“Una mujer es la historia de sus actos y pensamientos, de sus células y neuronas, de sus heridas y entusiasmos, de sus amores y desamores. Una mujer es inevitablemente la historia de su vientre, de las semillas que en él fecundaron o no lo hicieron o dejaron de hacerlo... Una mujer es la historia de lo pequeño, de lo trivial, lo cotidiano, la suma de lo callado. Una mujer es siempre la historia de muchos hombres. Una mujer es la historia de su pueblo y de su raza. Y es la historia de sus raíces y su origen, de cada mujer que fue alimentada por la anterior para que ella naciera: una mujer es la historia de su sangre. Pero también es la historia de una conciencia y de sus luchas interiores. También una mujer es la historia de su utopía”.

Marcela Serrano, *Antigua vida mía*.

RESUMEN

El artículo se centra en las relaciones que existen entre el feminismo y la utopía, a partir de la historia de las pioneras del feminismo en Colombia y de la experiencia personal de la autora.

ABSTRACT

Utopia: A Feminine Phonetic

The essay focuses on the relationship between feminism and utopia, based on the history of the pioneers of feminism in Colombia and the author's personal experience.

PALABRAS CLAVES:

Utopía, mujer, feminismo, historia de las mujeres, resistencia.

Hombres y mujeres siempre han tenido motivos para soñar otros mundos que, de vez en cuando, lograron plasmarse en impresionantes quimeras, ideales de organizaciones políticas en países imaginarios en los cuales la felicidad sería compartida por todos y todas. Quimeras que nos dicen o nos recuerdan que la vida está en otra parte. La utopía no ha hecho otra cosa que alimentar la vida, tal vez porque, al permitir hacer visible el reverso de lo real, es decir de un orden social que no funciona, representa una promesa de felicidad para la historia, permitiendo volver soportable lo insoportable, proyectándonos en el futuro y permitiéndonos pensar en un cambio que parecía imposible. Pensar la utopía es ante todo revelar su fecundidad.

Cuando me propusieron escribir sobre la utopía para la cuarta edición de la revista *Palimpsesto* de la Facultad de Ciencias Humanas, no dudé en aceptar, pues, siendo hija de Rabelais, de Condorcet, de Saint Simon, de Fourier, de Olympe de Gouges, de George Sand, de Flora Tristán, de Simone de Beauvoir y de Mayo del 68, entre otros; siendo además mujer y feminista, nunca me ha abandonado la firme convicción de que otro mundo es siempre posible aun cuando la etimología griega de la palabra utopía significa “no-lugar” (*ou*, no; *topos*, lugar), es decir algo que no puede existir, un proyecto irrealizable. Sin embargo la particular relación que las mujeres han mantenido con la utopía a lo largo de los siglos, parece haber cambiado su significado. Con las muje-

LA AUTORA:

Coordinadora del grupo Mujer y Sociedad de la Universidad Nacional de Colombia.

res, ese imposible se convirtió y se sigue convirtiendo día a día en lo posible. De alguna manera escribir sobre la utopía es entonces poner en palabras mis convicciones sobre lo que significa ser feminista. Y ser feminista es ante todo creer en la posibilidad de otros mundos, es decir en utopías que se construyen día a día.

Y me habitan muchas razones para desear otro mundo. Tratando de ordenarlas en vista de este escrito, nombraré tres: la primera, ser mujer –un motivo de peso para creer en la utopía–; la segunda, haber nacido en Normandía en 1943 y haber habitado este devastador siglo XX; la tercera, ser sujeto de deseo y creer que el amor es la utopía por excelencia, la utopía de las utopías. Estas tres razones sustentarán esta disertación.

Empezaré por la más apremiante de todas: ser mujer en un mundo de hombres en el cual nunca he podido acomodarme del todo. Sí, soy mujer, o, más exactamente, y para no renegar de mi madre simbólica, no nací mujer, me hice mujer, me hicieron mujer. Y hacerse mujer en una cultura profundamente patriarcal significa, como nos lo recordaba Pierre Bourdieu en su último libro *La dominación masculina*, nacer con un coeficiente simbólico negativo. Un pésimo principio y, al mismo tiempo, un fantástico motor para la utopía que las mujeres supieron utilizar para transgredir el orden establecido y los modelos y estereotipos de comportamiento esperados de ellas. A lo largo de la historia pudimos observar cómo ese coeficiente simbólico negativo se transformó –para algunas y no para todas por cierto, pues los tiempos de la revolución pacífica no llegarían sino en el siglo XX– en un fantástico *plus*, es decir en una firme convicción de que otro mundo es siempre posible.

Recordaré entonces algunas de estas hermanas del pasado quienes, con un valor poco común, dieron rienda suelta a utopías que paulatinamente se convirtieron en lugares de lo posible. Centenares de mujeres que, desde los inicios de la humanidad, nos permitieron esbozar, lo más a menudo sin saberlo, el camino de nuestra liberación. Centenares de mujeres que, gracias a la utopía, abrieron el sendero de nuestra revolución subvirtiendo un orden que no les permitía existir en el sentido moderno de la palabra; mujeres que estaban construyendo nuestra memoria con el fin de nunca romper el hilo que nos permitiría, más tarde, resignificar nuestra historia. Sí, es gracias a la utopía que habitó cada una de ellas, utopía concretada y transformada en rebeldía, resistencia, tenacidad, terquedad, inteligencia, deseos de saber, deseos de amar, deseos de ser antes de tiempo, que hoy, millones de mujeres en el mundo accedimos a la palabra, a la ciudadanía, luchamos por la obtención de derechos, incursionamos en el saber y estamos aprendiendo a reconocernos autoridad. Sí, es gracias a mujeres como ustedes, Diótima, Safo, Lilith y Eva; Hipatie, doncellas y damas de la Edad Media; Eleonor de Aquitania, Isolda y Eloisa; parteras, curanderas y brujas; primeras maestras, artesanas y comerciantes de las jóvenes ciudades de la Alta Edad Media; Christine de Pisan en el Renacimiento; místicas y religiosas, Juana Inés de la Cruz y Teresa de Ávila; Artemisia, la pintora del siglo XVII; gracias a ustedes, tenaces libertadoras de todos los continentes; Olympe de Gouges y sus compañeras revolucionarias de muchas revoluciones; compañeras entrañables de los salones de literatura del Siglo de las Luces; primeras escritoras de novelas, ensayos y tratados filosóficos, George Sand, Flora Tristán y tantas más que ya no puedo nombrar;



Indios sunos cruzando el Napo en piragua.

gracias a Camille Claudel y Frida Kahlo; gracias a todas las que no quisieron seguir detrás de un gran hombre y que prefirieron la soledad y la libertad de un cuarto propio para pensar por sí mismas, gracias a ustedes las sufragistas del mundo por sus luchas por nuestra ciudadanía y nuestra construcción como sujetas de derechos; gracias también a las Madres de la Plaza de Mayo, quienes lograron darle un significado altamente político a la maternidad; a las Mujeres de Negro del mundo entero, resistiendo a los embates de las miles de guerras que siguen declarando los patriarcas en las cuatro esquinas del planeta. Gracias a todas las feministas del mundo que están alimentando nuestras utopías de hoy.

Pero sé el precio que muchas de ellas tuvieron que pagar por volver sus utopías lugares de lo posible; sé que muchas de ellas fueron asesinadas, guillotizadas, torturadas, quemadas, encerradas, vilipendiadas, insultadas, humilladas por sus luchas por la libertad de pensar, de existir y de crear, es decir, por meterse donde no las esperaban y no las podían tolerar. Pero sé también que debajo de sus heridas imborrables moraba una formidable risa interior y un goce sin límite generado por la libertad que sentían frente a sus verdugos.

Colombia también albergó mujeres que presentían que las utopías se construyen día a día. Encontré a la Gaitana, a la Madre Josefa del Castillo, a Manuela Beltrán, por supuesto a Policarpa Salavarrieta y, en los albores del siglo XX, a la Flor del Trabajo, María Cano, a Betsabé Espinosa, tan mal conocida; y hoy, cómo no recordar a Ofelia Uribe, Esmeralda Arboleda, Josefina Valencia, Aydee Anzola y sus compañeras de lucha, quienes, hace exactamente 50 años, consiguieron en medio de inmensas resistencias la ciudadanía para las mujeres co-

lombianas. Un puñado de mujeres –no fueron más de 300– que hicieron saber, esta vez colectivamente y de múltiples maneras, que no se sentían cómodas en este mundo excluyente en el cual no cabían y eran consideradas como menores de edad, sin voz, sin derecho al voto, sin posibilidad de administrar sus bienes, con muy poco acceso a la educación formal, sin representación legal ni igualdad jurídica con los hombres y bajo el yugo de la potestad marital. Sus existencias, casi totalmente marcadas por la “esposidad”, la maternidad y la domesticidad, a pesar de satisfacer a los hombres, no las podían satisfacer. Cincuenta años después, apenas estamos recuperando la historia de las utopías que habitaron estas mujeres de los primeros decenios del siglo XX. Y en agosto de 1954, luego de más de veinte años de lucha, sus sueños se hicieron realidad. Obtuvieron el derecho a elegir y a poder ser elegidas y, por lo menos formalmente, habían ganado la ciudadanía. No obstante, las mujeres, afortunadamente tercas y vehementes, seguían sintiéndose incómodas en un mundo que, políticamente y por oportunismo coyuntural, les había otorgado una ciudadanía más formal que real. Ellas sabían que su ciudadanía estaría en cuestión mientras la cultura patriarcal no recibiera una estocada mortal capaz de poner en tela de juicio sus fundamentos mismos de exclusión, de relaciones autoritarias y de concentración de poder. Sabían que mientras sus cuerpos siguieran siendo lugares por excelencia del ejercicio del poder patriarcal, y sus inteligencias colonizadas exclusivamente por las preocupaciones de una domesticidad al servicio de los hombres –padres, maridos o hijos– no podrían ejercer una ciudadanía plena. Sabían que mientras no pudieran salir del patio de atrás para irrumpir en el ámbito del saber, mientras no aprendieran a decir “mi cuerpo es mío”,



Aldea de Santa Rosa.

única manera de volverse paulatinamente protagonistas de sus propias vidas, su ciudadanía no valdría mucho. Entonces la utopía logró, una vez más, hacerse realidad, esta vez con la conjunción de varios factores tanto políticos como sociológicos y científicos: la era de la anticoncepción había llegado y, por primera vez en la historia de la humanidad, las mujeres podían separar sexualidad de reproducción, al mismo tiempo que, en algunos decenios, habían conquistado el saber, cosa inimaginable para nuestras bisabuelas e incluso para muchas de las actuales abuelas.

Entonces, ya nada sería igual: ni la hegemonía del poder masculino, ni la tradicional identidad femenina, ni la sexualidad confiscada, ni el amor por conveniencia, ni la familia patriarcal. Y aun cuando siguen existiendo enormes resistencias de los sectores más conservadores de la sociedad, ese acontecimiento marca el inicio de una nueva era. La ciudadanía, el saber académico y la obtención del control de la fecundidad por medio de la anticoncepción, permitieron a las mujeres volverse poco a poco sujetos de deseo cuando, desde hacía siglos, habían sido no sólo deseadas sino pensadas por los hombres. La Madame Bovary de Flaubert, la Mona Lisa de Leonardo da Vinci, la Beatriz de Dante, la Dulcinea de Cervantes o la María de Jorge Isaacs, por no citar sino éstas, habían sido fantaseadas, creadas, pintadas o esculpidas por hombres. Pero hoy, gracias a la terquedad de sus sueños, logran pensarse a sí mismas haciendo así emerger un nuevo pensamiento, un nuevo deseo en el mundo, el de las mujeres en la búsqueda de una identidad propia, de un devenir propio. Es una revolución en la historia del pensamiento porque ante esta bifurcación del deseo, del pensamiento y de la realidad, quizás haya que empezar por aceptar, como lo reconoce Lorite Mena en su bello libro *El orden femenino*, que *“puede que haya otros conocimientos que adquirir, otras interrogaciones que hacer actualmente, partiendo no de lo que otros han sabido, sino de lo que han ignorado”*. Y fue el feminismo, en cuanto utopía humanista, el que logró construir ese nuevo *“topos”* que apenas estamos aprendiendo a ocupar. Incluso creo que podemos afirmar que ningún movimiento ha comprometido tanto la dimensión subjetiva como el feminismo.

Y este mismo feminismo nos permite hoy seguir buscándole un sentido al devenir mujer que ya tiene contorno pero que sigue siendo una utopía. Porque este devenir mujer, para realizarse, necesita aún otro mundo. Y ahí se ubica otra de mis razones para estar habitada por la utopía: además de ser mujer, soy francesa, nacida en 1943 en Normandía, durante los bombardeos de una de las guerras más atroces del siglo XX.

Mis padres vivieron dos guerras mundiales. Mi padre perdió a dos de sus hermanos en la primera guerra mundial. Un abuelo mío, a quien no alcancé a conocer, se dejó morir de tristeza cuando entendió, tras la declaración de la segunda guerra mundial, que ya para él no era posible otro mundo. Mi infancia fue alimentada de historias de guerra entre las cuales figuraba el horror de los campos de concentración y la destrucción total de Hiroshima y Nagasaki. Algo más tarde, en mi adolescencia, fueron las historias de la guerra de Argelia y, en la década de los 60, protestamos contra la guerra de Vietnam. Tenía 25 años cuando estalla esa primavera caliente que durante algunas semanas permitió vivir en las calles de París una utopía hecha realidad. Durante esos días en los cuales la imaginación se tomó el poder, prohibir se había vuelto prohibido y los muros de París gritaban que la vida era allende; los estudiantes habían encontrado la playa debajo de los adoquines y fueron 20 días de pura felicidad en los cuales aprendieron a ser realistas pidiendo lo imposible. Esa primavera, ese Mayo 68, no lo viví porque había llegado algunos meses antes a Colombia. Sí, llegué a Colombia a los 25 años y desde entonces me tocó vivir el amor en los tiempos de una ira, tal vez peor que el mismo cólera, y tratar de entender por qué el calendario de ese mágico Macondo estaba sembrado de tantas pestes mortíferas. Y como si no fuera suficiente, en otras esquinas del planeta, que ya no es azul sino lleno de nubes grises, se estaban gestando múltiples guerras entre las cuales sólo nombraré la de Bosnia-Herzegovina y sus horrendos campos de concentración para violaciones sistemáticas de mujeres y el genocidio de Ruanda, hace exactamente 10 años, en el cual 800.000 tutsis, hombres, mujeres, niños, niñas, bebés, ancianos y ancianas fueron masacrados con machetes en sólo tres semanas por los hutus sin que el mundo reaccionara. Silenciaré otras múltiples guerras o conflictos antes de llegar a las guerras del señor Bush: Afganistán e Irak.

Según historiadores que se pusieron a la tarea de registrar todas las guerras de este planeta desde que hay palabras para registrarlas –probablemente desde que existen *palimpsestus*– parecería que el mundo sólo haya conocido trece días de paz en aproximadamente los 5000 años que nos precedieron. Trece días en que los hombres y las mujeres descansaron en paz, en que la tierra pudo respirar otros aires, en que las cosechas dieron sus mejores frutos, en que el eco de los pequeños ruidos de la vida cotidiana se oyeron desde los cuatro puntos cardinales de la Tierra, en que los abrazos de los hombres y de las mujeres supieron a eternidad y en que la mirada transparen-

te de los niños y de las niñas cruzaba todas las fronteras del mundo. Trece días, sólo trece días de paz en este mundo. A este propósito recordemos a Gabriel García Márquez: *“Desde la aparición de la vida visible en la Tierra debieron transcurrir trescientos ochenta millones de años para que una mariposa aprendiera a volar, otros ciento ochenta millones de años para fabricar una rosa sin otro compromiso que el de ser hermosa y cuatro eras geológicas para que los seres humanos –a diferencia del abuelo pitecántropo– fueran capaces de cantar mejor que los pájaros y morir de amor. No es nada honroso para el talento humano, en la edad de oro de la ciencia, haber concebido el modo de que un proceso multimilenario tan dispendioso y colosal, pueda regresar a la nada de donde vino por el arte simple de oprimir un botón”*.

Y les diré que para nosotras las mujeres, y por supuesto que para algunos hombres también, nos es cada día más difícil entender esta extraña furia de los hombres. Y tengo que mencionar con una enorme tristeza que las guerras son patriarcales, que las guerras no son fenómenos naturales inevitables y que casi todas tienen nombres y apellidos de hombres. Incluso las guerras representan el ejercicio más patriarcal de la política. No lo olvidemos. Y sí, nuestras antepasadas, nuestras abuelas, nuestras madres y nosotras hoy, teníamos que creer en otro mundo posible, si no les aseguro que esta furia patriarcal nos hubiera aniquilado. Sólo la utopía nos mantuvo con vida. Sólo la utopía mantiene hoy a las mujeres colombianas con vida. Y cuando ella se desvanece, como se desvaneció en los sueños de María Mercedes Carranza, sólo queda tal vez el camino del suicidio.

¿Qué sueños, qué utopías creen ustedes están habitando hoy las mujeres colombianas? Y al decir ustedes, los y las lectoras de esta edición de *Palimpsesto* me preguntarán con razón, a quiénes estoy nombrando y les respondo que me estoy refiriendo a los dueños del mundo y a los que habitan los despachos del poder y que tienen la escalofriante posibilidad de declarar guerras a la humanidad entera por razones en general tan alejadas del bienestar de la mayoría. Guerras santas, guerras de invasión, guerras sucias, guerras de limpieza social y étnica, guerras territoriales, guerras del petróleo, guerra de la coca, guerras todas evitables, todas estúpidas, guerras que no hacen sino provocar resentimientos y delirios de venganza, pero sobre todo duelos, tantos duelos...

¿Qué pueden pensar las mujeres de Tacueyó, Honduras, La Negra, El Tomate o Pueblo Bello; las de Segovia, La Rochela, Mapiripán, El Tigre, Venecia, Ciénaga Grande; las de El Torno, El Salado, Ovejas, Chen-

gue; las del Alto Naya, Bojayá; y las de La Gabarra? ¿Qué pueden soñar las madres de los soldados secuestrados desde hace siete años, qué pueden pensar las viudas de Bernardo Jaramillo, de Jaime Pardo Leal, de Carlos Pizarro, de los militantes de la Unión Patriótica; qué puede pensar la madre de Ingrid Betancourt? Yo asumo el riesgo de responder por ellas: creen todavía que otro mundo es posible, que la vida renacerá en otra parte, que ese no-lugar es posible como lugar para la vida. Ante el peso de sus duelos, sólo les queda creer que la vida está en otra parte; y las mujeres no dejan de hacer todo lo posible para llegar allí. Y es entonces cuando el feminismo, sin que lo sepa la gran mayoría de ellas y desde metodologías muy diversas, trata de acompañarlas construyendo poco a poco éste otro mundo, éste otro *topos* donde otra vida será posible.

Hablaré entonces del feminismo, que es hoy por hoy la razón esencial de mi creencia en la utopía. Soy feminista, de ese feminismo que se inició en mi cuerpo, en mi subjetividad y en mi casa porque descubrí –eso sí colectivamente y gracias al grupo Mujer y Sociedad que nació en la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional hace 20 años– que ante todo era necesario cambiarme a mí misma antes de tener la posibilidad de construir a mis semejantes y cambiar el mundo. Y aun cuando en este escrito no teorizaré sobre el feminismo o, más exactamente, sobre los feminismos, trataré de mostrar cómo y por qué el feminismo o los feminismos y la utopía han caminado siempre de la mano. En lugar de repetir tercamente que el feminismo es otro de estos “ismos” que pasó de moda, estoy convencida de que nunca ha sido tan pertinente ni ha conocido mejores tiempos. Incluso hoy el feminismo está haciendo alianzas con los movimientos alter mundialistas, pacifistas y ecologistas del mundo entero porque hemos entendido que el poder es cada día más complicado de identificar por estar organizado ahora en redes que actúan en la mayor oscuridad y con la mayor impunidad, como nos lo recuerdan algunos y algunas especialistas de los efectos de la globalización. Además porque sabemos hoy, como nos lo recordó Victoria Sendón en su última visita a Colombia, que la era global no supone sólo una nueva etapa del capitalismo sino sobre todo la última y furibunda fase del patriarcado. Estamos entendiendo que capitalismo, globalización y patriarcado se encuentran e interactúan de manera particularmente perversa.

Por cierto, estamos presentes cada vez que hay una oportunidad de dejar constancia de nuestra inconformidad frente al actual orden económico, frente a las guerras del

mundo entero, frente a la vulneración de los derechos de millones de seres humanos y frente al no cumplimiento de acuerdos internacionales relativos al capítulo de los Derechos Sexuales y Reproductivos. Por esto estuvimos en la Conferencia Mundial de la Tierra en 1992 en Río de Janeiro, en la Conferencia Internacional de Derechos Humanos en 1993 en Viena, en la Conferencia Mundial de Población y Desarrollo en El Cairo en 1994, donde se concretaron lo que llamamos hoy día la cuarta generación de los Derechos Humanos representados por los Derechos Sexuales y Reproductivos, que agrietan tan profundamente las viejas creencias relativas a la sexualidad de las mujeres heredadas de siglos de un judeo-cristianismo, que había transformado el cuerpo de las mujeres en el primer territorio de ejercicio del poder masculino. Y reafirmamos estos derechos en 1995 en la IV Conferencia Mundial sobre la Mujer en Beijin. Más recientemente, en octubre del 2000, participamos en la gran manifestación de Bruselas, en la que 25.000 mujeres europeas y también kurdas, afganas, argelinas y de otros países del mundo árabe se unieron en contra de la "política neoliberal", conscientes de que la pobreza, de la que son las principales víctimas, constituye la mayor lacra del mundo actual. Sí, de todos los pobres del mundo, el 80% son mujeres. En Porto Alegre también nos hicimos presentes porque la pobreza tiene, tristemente hoy día, cara de mujer. Y seguiremos presentes en todos los lugares desde donde se puedan vislumbrar los albores de una nueva humanidad.

También en Colombia nos hemos hecho presentes y lo seguimos haciendo cada vez que existe una oportunidad de oponer resistencia a la guerra, cada vez que hay que defender la Constitución del 91, cada vez que hay que radicalizar la democracia, cada vez que hay que protestar contra los efectos de la globalización sobre la mujeres, y cada vez que hay que reafirmar, proteger y defender nuestros derechos en cuanto ciudadanas de tiempo completo. Escritos, cabildos, marchas, protestas y constituyentes entre otras

formas de manifestación están ahí para confirmar nuestra participación activa, cuando es necesario reafirmar nuestra oposición al patriarcado como una de las más tenaces ideologías de poder, a los efectos de la globalización sobre la vida de millones de hombres y mujeres, y a la guerra y las múltiples violencias y sus impactos diferenciales sobre hombres y mujeres.

Finalmente, me habita una tercera razón para creer en la utopía y es la siguiente: si bien soy mujer, mujer nacida en Normandía en el corazón de la segunda guerra mundial, como ya lo mencioné, hoy también soy mujer de deseo y, gracias al hecho de que pude participar en la revolución pacífica de las mujeres, soy sujeto de mi propio deseo. Y desde el deseo he aprendido poco a poco que el amor, lugar por excelencia de nuestra humanización, es probablemente la utopía de todas las utopías, de alguna manera la utopía fundante para otro mundo que sólo nacerá desde nuevas éticas del amor.

Mientras los hombres se desgastan en un proyecto de desarrollo a punto de fracasar, ideando guerras y estrategias de poder cada vez más perversas, las mujeres siguen convencidas de que *el amor todo lo cura*, como decía uno de los más bellos graffitis de los muros de Bogotá, y no quieren abandonar el tema del amor pues para ellas representa de alguna manera la piedra angular de ese otro mundo que soñamos. Si uno deviene sujeto en el amor, como lo anunció Jacques Lacan, entonces el amor es efectivamente el lugar, el *topos* de todas las utopías siempre y cuando el amor del cual hablamos, sea ése que rechaza un orden establecido y el discurso que lo racionaliza, sea ése que que-

brante las leyes humanas, porque el amor se encuentra siempre en el lugar de ruptura del orden social. Y las mujeres, seguramente más sabias que los hombres cuando se trata de encontrar la vida que está en otra parte, no dejan de pensar en el amor porque saben que es el punto de partida de cualquier cambio de rumbo del planeta Tierra. Aún más, están dispuestas a volverse locas si fuera necesario. Locas de amor para cambiar el mundo



Cazando la madre obtienen la cría.

porque es esta locura que cura la que necesitamos y no la locura mortífera del poder, de los genocidios o la fiesta de la guerra y de sus balas tan reales como simbólicas. Es la locura de Fermina Daza y de Florentino Ariza, quienes después de 53 años, siete meses y once días con sus noches, inventando nuevos ritos en un buque en cuarentena, hacen por fin el amor rompiendo los límites de lo posible para refugiarse en ese deseo que mora lejos de los tiempos del cólera pero sobre todo de la cólera.

Es desde el amor que lograremos destejer los hilos que conforman la trama de una cultura guerrera. Pero no desde cualquier amor, no desde los amores enfermizos de telenovelas o *reality shows*, no desde los amores con sabor a ron y aguardiente de las rancheras y vallenatos comerciales al puro estilo *"olvidame si puedes... vete con otro pero sabes bien que eres mía y que te dejé mi huella"*; tampoco cambiaremos el mundo con estos amores pasionales que exigen todo del otro, amores de asfixia narcisista, sin matices, sin mediación posible, estos amores de *"sin ti no podré vivir jamás..."* o *"quiero todo de ti"*, ni mucho menos con amores retetarios de las revistas femeninas al puro estilo *"10 consejos para retener el hombre que amas"*. La utopía del amor nos tiene que hacer olvidar todos estos amores recuperados para el consumo, para el *rating*, estos amores intolerantes, posesivos, *"tú me perteneces"*, enfermizos, violentos, vengativos: *"ahora vas a sufrir como me has hecho sufrir"*. Estos amores de dictadura, de poderes, de dominación, de dependencia, de chantaje y de retaliación que no hacen sino infantilizar al otro pero sobre todo negarlo.

La utopía del amor habla de un amor que, en primer lugar, acepta la carencia porque el amor es la revelación de la libertad ajena y, como dice Octavio Paz, nada es más difícil que reconocer la libertad del otro, de la otra, más aún cuando el otro o la otra es una persona que se ama y se desea. Es duro y largo comprender que el amor no otorga ningún poder, ninguna apropiación y aceptar que el cuerpo, la piel, los músculos, la biología están ahí y se penetran, pero que la historia, la memoria y los fantasmas son impenetrables. Por habernos construido como hombres y mujeres en un orden de interpretación simbólico articulado por el lenguaje, la historia y la cultura, hemos cambiado de registro y pasado de la cópula y del instinto al deseo y al amor. El sexo se problematizó en sexualidad. Se dejó así la cópula animal atrás en nuestro lejano pasado para inaugurar una sexualidad que asume la cultura y las historias de cada cual que nos posicionan dramáticamente frente a otro u otra siempre diferente, desconocido e inaccesible, aun cuando, gracias al amor, creemos tramposamente conocer todo de

ese otro o de esa otra. Se perdió para siempre la tranquilidad plana que emanaba del instinto y la neutralidad aséptica de la cópula y de la señal animal. Demandar amor, amar, significa entonces pedir algo que el otro por definición no me puede dar. Es confrontarse con el vacío y aceptar la carencia. Y madurar en el amor es aceptar esta carencia fundamental, entender que no existe un otro para mí y saber que aun así, en los brazos de ese otro, uno puede encontrar la medida de todo, de la ternura, de la sinrazón, de lo imposible por fin posible; y es cuando entonces sabemos que el amor, como lo expresa R. H. Moreno Durán, no tiene mañana porque el amor es la eternidad del presente, la utopía de todas las utopías.

Si amar es ante todo aceptar la carencia, es también, entonces, aceptar que la fusión, la posesión del otro o de la otra, es un imposible porque el otro, la otra, siempre subsistirá en su diferencia. Las viejas metáforas del amor romántico, de este amor que lo pide todo, ese amor de los boleros, de las baladas, de los tangos o incluso de algunos vallenatos que expresan tan bellamente los contenidos de nuestros imaginarios, no son sino esto: metáforas que nos ayudan a soportar la realidad que es otra. Aun cuando, desde la invención del amor, buscamos tericamente la fusión creyendo que *"los dos somos por fin uno solo"* nos toca aceptar y aprender, a veces dolorosamente que esta fusión es una ilusión, es un imposible, que ese otro se nos escapa y nunca está ahí donde creemos encontrarlo, recordándonos finalmente que, como dice el poeta, *"...no olvides, especialmente entonces, cuando llegue el amor y te calcine, que primero y siempre está tu soledad y luego nada y después, si ha de llegar, está el amor"*. Sólo aprendiendo a decir *"yo soy yo, tú eres tú y desde el reconocimiento de esta irreductible diferencia, vamos a tratar de amarnos sabiendo y aceptando de una vez por todas que yo te pido lo que tú no me puedes dar y que no tengo para ti lo que esperas de mí, sabiendo y aprendiendo por consiguiente que efectivamente la soledad es el meollo de nuestra condición humana"*.

Pero repensar el amor desde la utopía es también derrumbar las fuentes mismas de la homofobia, porque la utopía del amor de-construye todos los presupuestos de una cultura androcéntrica con sus viejos lugares de los sujetos y objetos del deseo. Es entonces ampliar las fronteras del amor y abrirlas a otros encuentros que permitan a dos hombres o dos mujeres vivir el deseo desde el legítimo derecho a la diferencia, porque hoy lo normal es ser diferente, como lo mencionaba un bello lema durante la última marcha del orgullo gay en Bogotá. Condenar la homofobia es una prioridad que se inscribe también en la

construcción de nuevos sujetos para un nuevo mundo.

Nacerán así hombres y mujeres capaces de generar paulatinamente nuevos imaginarios y nuevos guiones para el amor, y, más allá del amor, nuevos guiones para el encuentro desde la diferencia que lograrán construir una ética de la convivencia que necesita tanto de ese otro lugar que buscamos para vivir más lejos de los adoquines y más cerca de la playa.

Y nuestra principal herramienta para la utopía es la resistencia. Una herramienta que las mujeres han aprendido a usar desde hace siglos. Por haber nacido mujer, la resistencia nos es familiar y hemos sabido construir lugares para ella en los cuales la palabra NO resonaba como ese primer acto de autonomía y de libertad. Es gracias a un NO cada vez más colectivo que entendimos poco a poco que la práctica de las relaciones entre mujeres –en estos aquellos, reales o soñados, que siempre supimos encontrar– podía convertirse en un instrumento de transformación del mundo; y hoy el hecho de tener una memoria de 5.000 años de resistencia nos otorga una autoridad que nadie puede objetar. La resistencia nos ha vuelto fuertes, tenaces y vehementes, y después de haber sido santas, vírgenes, madres, brujas y putas para el deseo de los hombres, estamos aprendiendo por fin a ser mujeres, tal vez aún desde la incertidumbre, es cierto, pero con la convicción de que nuestro sexo no yacerá nunca más en la indiferencia y se volverá, como nos lo enseñó tan bellamente Alessandra Bocchetti, algo significativo y determinante para habitar, interpretar y actuar sobre el mundo.

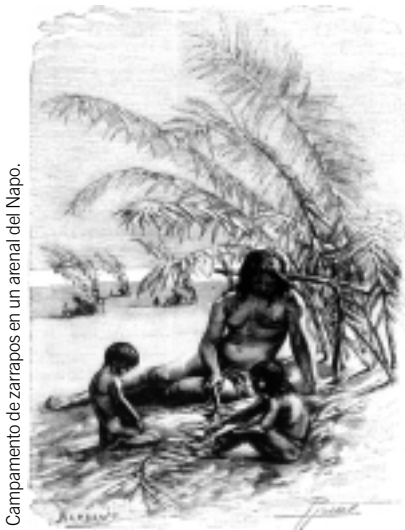
Frente a la guerra, es también la resistencia la única herramienta que nos permite luchar contra una ideología guerrera y deconstruir lógicas legitimadoras de militarismos que se expresan en dominaciones, en opresiones y específicamente en

agresiones sobre los cuerpos de las mujeres como ya lo hemos podido constatar en los post-conflictos del mundo, cuando descubrimos atónitas los abusos sexuales y las violaciones sistemáticas, que hacen del cuerpo femenino el botín más preciado del guerrero.

Y resistir es saber decir NO en el momento justo.

Seguiremos diciendo NO cada vez que nos encontremos con la exclusión, con la discriminación, con la agresión, con el no respeto de nuestros derechos, con el abuso y apropiación de nuestros cuerpos, de nuestras mentes. Nuestras únicas armas seguirán siendo la resistencia por medio de la palabra que rompe con nuestro milenario silencio, por medio del *afidamento* o de la construcción colectiva y el reconocimiento de nuestra autoridad, por medio de los sueños que siguen habitándonos atravesados por una ética de la vida que logre reconciliar la razón con la emoción y que nos acerque cada vez más a ese nuevo trópico más humano y más cerca, siempre más cerca de la playa.

Y quiero decirles para terminar que ya son muchas las mujeres que iniciaron este camino que nos llevará a una humanidad reconciliada. Un camino que, aunque difícil y lleno de obstáculos y resistencias, ya ha dejado de asustarnos. Es cierto, a veces aún tropezamos con nuestras fragilidades, con nuestra poca fe en nosotras mismas, con nuestras contradicciones a cuestas, con nuestra dolorosa memoria; pero caminamos, a nuestro ritmo y con la convicción de que este camino de la utopía hace parte del nuevo mapa de la humanidad. Un mapa en el cual las mujeres hoy por hoy son las que dibujan nuevos senderos, nuevas rutas y nuevos puntos cardinales para otro mundo. Y es esto probablemente lo más emocionante de ser mujer hoy. Lo fue y lo sigue siendo para mí.



Campamento de zarzapos en un arenal del Napo.